



za, hay una evidente falta de crecimiento del material y, sobre todo, hay un modo tan indirecto de ir develando las profundidades del tema que por momentos se hace casi impenetrable el propósito del autor.

Todo el tema es propio de sala de cirugía: el encuentro de dos seres de la misma familia espiritual, un empleado de librería y una extraña mujer siempre espectante y espectadora (uno de los defectos de la obra) que se reconocen entre sí por el horror que les producen los microbios y las suciedades del mundo, y al ponerse en contacto motivan que el primero reconstruya su vida entera: "Mi costumbre de mostrarle las entrañas y su desesperación por revolverlas y encontrar símbolos, nos empezó a fascinar, a impedir el curso hacia adelante de la vida". En efecto, la vida se detiene, y se imbrican, en varios planos simultáneos. —tal como ha enseñado el cine más moderno, pienso en *Marie-Christine*— los hechos del pasado, el presente del hombre con su mujer y su hijo a quien rechaza y el descubrimiento del amor (?) hacia la extraña pasa-

jera. Llega un momento en que la tensión lleva al frenesí y estamos en un caso de clínica psiquiátrica: "El chapaleo sobre esta ciénaga llamada vida, tan buena como trampa, en la que no se corre ni el peligro de irse para abajo de una vez ni la esperanza de flotar arriba".

Y si el personaje confiesa no saber "si lo que sentía era odio o lástima por mí, agarrado entre mis dos potencias, la Haza del cielo y el ángel que había bajado a lamerlo", el lector va descubriendo que lo que Armonía Somers pretende en este caso frontero, es accechar la experiencia de la libertad interior absoluta, un reencuentro de todas las virtualidades, una vez que se descubre que se vive saltando de un miedo a otro, pues "el miedo es mi libertad, sólo para sentirlo puedo ser libre".

Casi a contrapelo de la orientación dominante en las letras actuales, que busca los efectos de sensibilidad y sensualidad, Armonía Somers opone la literatura como "cosa mental". Aunque aquí se tratan los temas más chocantes y aun asquerosos, todo será

contado sin un átomo de sensualidad: "el pensamiento sigue tironeando hacia lo suyo, como un perro que encontró su árbol, forzado por el que le mantiene sujeto, pero libre para orinar sobre las convenciones de una moral llena de reglas, de una gramática erizada de púas". Textual: la gramática de Armonía Somers es puntigrada, zigzagante, y habrá lector que deba pelearle más de dos veces una irase, hasta descubrir que detrás están las leyes secretas de una sintaxis insólita; en cuanto a las convenciones de la moral común, de eso nada queda y el autor descubre territorios intocados: el modo como el sacerdote posee al muchacho mediante un diálogo que se interrumpe al entrar la sirvienta, la historia del adulterio con la mujer casada que parece reescrita sarcásticamente sobre los márgenes de *Madame Bovary*, la comedia absurda de la compra de un chalet en afueras.

Curiosamente, el libro no parece criticado por mujer. Ni tampoco por hombre. Al concluirlo pienso que así y así de que nos vean los seres de otro ;

nota, de esos que tienen tres sexos o necesitan de ocho para acoplarse. Que es casi como reconocer que sigue sin alcanzarse el secreto de esta literatura, la posesión intelectual de sus centros animadores, los que se escabullen nerviosamente. "La vi asenfir. Pero sorprendiéndola en cierto juego que ya le había observado desde el principio: el de un cerebro lleno de puertas para el escape, que se abrían y se cerraban en forma vertiginosa sin permitir controlar aquello a lo que iban dando paso".

Creo que llegado a este punto, ya es bastante aspirar a la enigmática filosofía de aquel personaje que cierra... "Mu"

15